

Meditación sobre la meditación sobre la frontera

Había oído hablar de Batus en París; había visto libros sobre él, pero nunca trabajos de él. En esos tiempos vivía en Connecticut. En un viaje por Nueva York unos amigos me llevaron a su gran finca, enteramente cubierta de hierba, y nos conocimos debajo de una lluvia diluvial. El puente de un río que había salido de su cauce se derrumbó poca después de haberlo pasado nosotros al volver. Me sumergí en sus prados de colores, me introducí en sus grietas debajo del chubasco de las evocaciones, mientras conversábamos sobre infancias, viajes, esperanzas, resistencias, encuentros y, como muy naturalmente, sobre las próximas exposiciones y las posibilidades de una cooperación. Ahí comenzó a germinar la meditación original. Después pasaron muchos años, hemos atravesado otras fronteras. He vuelto a encontrar a Batus en Alemania. Fue ^{iniciando} madurando el proyecto de un libro, que se fue haciendo más i más ambicioso. No sólo las reproducciones, tan artísticas como uno podía imaginarlas, de obras que me habían inspirado, fueron substituidas por cantidades de obras nuevas, hijas de las otras, mi propio texto se encontró grabado en una materia semejante, sembrado en la misma planicie, regado, batido por la misma lluvia transatlántica, por el mismo viento transequatorial, porque al final todo fue realizado en una vuelta a Argentina. Y para dar un cobijo a todos estos terrenos que se pueden hojear, a este humus de los signos, se tuvo que inventar una especie de maleta, cubierta de cuero transatlántico, acaso transportable, pero solo de gigantes, por ejemplo durante un traslado, un vehículo vehiculado para llevarse sus propias fronteras consigo.

Michel Butor, Gaillard, 19 de junio de 1987